

BARCELONA, «UN DOMINGO CON BANDERAS»

«...Y cuentan que hacia allí está Barcelona / como un domingo lleno de banderas.» Cito a un poeta español interno en cuya propia región gente que no sabe de literaturas ha pensado, soñado una ciudad así, remota, encendida, engalanada. Y sólo al conjuro de un nombre. Creo que ahora mismo, si me demorase en la palabra, podría yo sentirlo también. Bar-ce-lo-na.

Es verdad que de las emigraciones libremente escogidas, personales, algunas se contentaban con la capital de la propia provincia. Había quien elegía los lugares fabriles sin necesidad de abandonar el Noroeste, como no faltaba clientela para Bilbao. Pero sobre todo, incluso por encima de Madrid que suena lo suyo y nos pillaba más cerca: ¡Barcelona! Se salía de noche y desde luego en tren. Y, casi siempre, se salía joven. Esto explica que no se hiciera penosa sino esperanzada y alegre la travesía de España de lado a lado, ni duros los listones del machadiano vagón de tercera. Llegábase, al fin, a la estación Vilanova. Hombres y mujeres eran tragados en un abrir y cerrar de fauces por la gran ciudad, la que pronto iría clasificando, asimilando la fresca aportación humana bajo leyes misteriosas tanto como inexorables, quiénes a las fábricas o a las clínicas, quiénes a los transportes o al servicio doméstico, siempre alguna vocación artesana hacia academias de corte y confección que dispensan diploma: preciada cartulina con orla y alegorías a varias tintas, destinada a un marco honorable para el regreso. Barcelona recibía, y también se entregaba ella misma. Pongámoslo en presente. Barcelona sigue recibiendo. Sigue entregándose.

Pero había, también, otra forma de conocimiento, la de quienes no tan apremiados, o más medrosos, permanecemos con los pies sobre la tierra propia y la imaginación encendida en la aventura del libro. Mi mocedad ávida de lecturas coincidió con la etopeya femenina que se llamó -se seguirá llamando- Mariona Rebull. Pero no sólo la mujer: Ella... y su circunstancia. Barcelona ya no sería únicamente una referencia y un grabado en la Geografía de Paluzíe, sino un retablo vivo de personas y de cosas, pasiones, ambientes, calores, incluso olor y sabor. Que también hubiera sordideces, no rebajaba demasiado la fiesta. En las naturalezas imaginativas - parafraseando Stendhal en aquello del énfasis-, la imaginación es lo natural.

Ahora ha muerto Ignacio Agustí. Y cuando ya le han hecho necrologías sus compañeros más cercanos en el espacio y en el tiempo, cúmplase aquí la deuda de

quien lo conoció sólo por sus obras, como en el Evangelio. De quien anduvo de su mano los primeros pasos barceloneses.

La tutela

Don Ricardo de la Cierva, importante autoridad en los organismos de la Cultura, llena la página tercera de «ABC» con un claro y honesto escrito, principalmente sobre el tema de las publicaciones de libros, «El fin de la tutela», y viene a decirnos que la apertura de ahora viene a ser eso, el ocaso que el título enuncia. Luego es verdad que estábamos bajo tutela. Recordemos -me arropo en el Diccionario Oficial- que trátase de la «autoridad que, en defecto de la paterna o materna, se confiere para curar de la persona y los bienes de aquel que por minoría de edad, o por otra causa, no tiene completa capacidad civil». Y aunque el articulista empleara en cierto modo el sentido figurado, nadie dirá que la metáfora sea descabellada.

Cabe decidir que lo pasado, pasado está. Que lo importante es la esperanza en lo que -al parecer- está comenzando. De acuerdo. Pero esto no me prohíbe preguntar (y ya no me cubro con la Real Academia sino con el Fuero de los Españoles, «todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado»), preguntar, digo, con tanto método como respeto:

A) Si fue necesaria esa tutela; y B) Si fue necesaria durante todo ese tiempo.

Lo que dudo es si estas hojas son ocasión adecuada. Hay temas tan añejos que ya se están saliendo del campo de los comentaristas para entrar en el de los historiadores.

La colaboración de J. S. Bach

El arte cinematográfico nos enseña dos caras con otras tantas peculiaridades suyas. Por la más incómoda resulta que un buen creador no lo puede todo por sí mismo, pues su talento está a expensas de que vengan a secundarlo los intérpretes, ilustradores musicales, escenógrafos, técnicos de las cámaras, incluso los financiadores según sean más o menos generosos en el empeño; todo lo contrario de lo que acontece, por ejemplo, al escritor, que con un lápiz y un cuaderno -y eso otro... de adentro, ¡naturalmente! tiene cuanto hace falta para desnucarse en la aventura o para alcanzar la-inmortalidad. La otra cara del cine, compensación de la primera, trae la venturosa condición de que argumentos fatales se salvan por unos paisajes bien elegidos, como una dirección incapaz resulta disimulada por un intérprete genial.

Etcétera.

A esto probablemente deberá atribuirse el hecho de que las películas se muestren tan generosas a la hora de enunciar los artífices (aunque ello sea, como es de rigor, con la debida jerarquía en el tamaño de las letras): lo que se llama en el lenguaje profesional letreros de crédito; o simplemente, créditos.

Me ha cuadrado pararme ante los grandes anuncios de una producción titulada con garra sensacionalista, donde una joven mujer aparece tendida y ensangrentada por culpa de prácticas criminales contra su maternidad incipiente. Puesto a ello, me detengo en el nombre del director, de los actores y actrices, de los otros copartícipes que han llevado su arte particular a esta suma de artes que en cierta manera es el cine. Son, probablemente, nombres de garantía. La música -siempre conviene ver quién la ha puesto, es un elemento importante-, la música del filme es de Juan Sebastián Bach. He aquí -concluyo- un colaborador bien elegido.

No se me ocurre objeción alguna. Sólo me quedo pensando en un novelista que al texto propio le pusiera delante el Discurso de las armas y las letras o un capítulo de las Ideas Estéticas, haciendo imprimir la obra con «Prólogo de Cervantes» o «Introducción de don Marcelino Menéndez Pelayo». Respectivamente.

Antonio PEREIRA